

QUE SEA UN HOMBRE

2- PRUDENCIA, ORIGINALIDAD, MAGIS Y PACIENCIA

La prudencia y su función unificadora de las virtudes

Si tenemos un defecto no trabajado ése defecto puede traernos problemas en muchas otras cosas.

Tenemos inteligencia y voluntad. Tenemos las pasiones: apetito concupiscible (cosas que nos deleitan) e irascible (defensa y cosas arduas). Tenemos también virtudes cardinales que van a informar, perfeccionar estos apetitos: la fortaleza, (que perfecciona el apetito irascible), la templanza (que perfecciona el apetito concupiscible), la justicia (que perfecciona la voluntad), y la prudencia (que perfecciona la inteligencia).

La inteligencia, perfeccionada por la prudencia, es la que me va a indicar aquí y ahora qué es lo que me toca hacer. Lo más propio de la prudencia es imperar “ahora haz esto”. Podría ser que tenga que prever, pero “ahora” tengo que prever.

La prudencia necesita de las otras virtudes. Por ejemplo: tengo tres platos. La prudencia me dice “te alcanza con un plato”, pero la templanza dice “¿y a mí qué?...” (no estaba muy arraigada, y por eso no le hizo caso el apetito concupiscible a la prudencia) entonces la prudencia pierde autoridad. Entonces después, cuando hay que hacer un acto de fortaleza la prudencia ya no se mete. Por lo tanto si hay un aspecto de mi vida que no trabajo se frena mi vida espiritual absolutamente, porque no puedo crecer en las virtudes si no crezco en todas, porque **la virtud de la prudencia unifica a las demás**.

Si conocemos a una persona que aparenta tener una vida completamente ordenada salvo en un solo aspecto, en una sola virtud, tengamos mucho cuidado –sobre todo si se trata de hacer negocios o entablar relaciones de confianza– porque, como reza la ética, la virtud de la prudencia unifica todo el mundo moral a tal punto que, si alguien falla ordinaria y voluntariamente en alguna cosa, también lo hará en otra/s. Lo mismo se diga de nuestra vida interior, de nuestras virtudes.

Si dejamos un espacio de nuestro mundo interior/exterior sin que se acomode a lo que nos dicta la conciencia, sin duda que influirá eso en otras acciones de nuestra vida y frenará, por tanto, el progreso hacia Dios. Dicho en positivo: las virtudes crecen como los dedos de la mano, si crece una, crecen también las demás; de ahí la importancia de focalizar nuestros esfuerzos en una sola materia, lo que puede realizarse de excelente manera con el [examen de conciencia particular](#)

Originalidad

Un hombre completo no es ni un imitador, ni un copista, sino alguien que tiene la personalidad suficiente como para, aun guiándose por los ejemplos de los “grandes”, mantener la originalidad propia de quien sabe que Dios, luego de haberlo creado, rompió el molde. Esa originalidad lo hace también *libre* y capaz de actuar coherentemente, más allá de que lo miren, lo acepten, lo obliguen...

El hombre tiene dentro de sí su luz y su fuerza. No es el eco de un libro, el doble de otro, el esclavo de un grupo. Juzga las cosas mismas; quiere espontáneamente, no por fuerza, se somete sin esfuerzo a lo real, al objeto, y nadie es más libre que él. **(San Alberto Hurtado)**

Trato de ser la mejor versión de lo que Dios ha hecho conmigo. No puedo ser como otro.

El “Magis”

«*Plus est in vobis*» (“eres capaz de más”) reza un adagio latino. La psicología moderna, con Adler a la cabeza, enfatiza la importancia de la existencia en el hombre de un “instinto de superación”. Ese instinto, sobrenaturalizado por la gracia, no es otra cosa que el deseo de santidad. San Pablo lo decía así: «*No que lo tenga ya conseguido o que sea ya perfecto, sino que continúo mi carrera por si consigo alcanzarlo, habiendo sido yo mismo alcanzado por Cristo Jesús*» **(Fil 3,12)**. Y mi tátara-tátara tío abuelo, Pedro Lombardo, lo comentaba de este modo:

Ningún fiel, por mucho que haya aprovechado, diga: ‘me basta’. Quien eso dice se sale del camino antes de llegar a término.¹

Eso le pasa a los santos, que cuanto más aman a Dios más se dan cuenta que lo aman tan poco. Uno puede caer en tibieza espiritual cuando vive en pecado venial deliberado de manera habitual, pero aún sin pecado venial deliberado uno puede caer en mediocridad, que es en definitiva esquivar la cruz por no buscar “el más”.

Paciencia

No solamente soportar la cruz sino también paciencia en el crecer, en el perfeccionarme, en tener perseverancia. La santidad es así. No somos santos de un día para el otro.

No se hace la santidad de un día para el otro y san Bernardo: «El camino de la perfección no se ha de volar, sino pasear».² **(San Juan de Avila)**

Cualquier persona que va realizar una empresa importante, tendrá bien presente que no se logra el éxito de un día para el otro. Lo mismo pasa con la santidad:

Creo que puede aplicarse al camino a la santidad lo que Hugo Wast decía del escritor y de su obra:

¹ Citado en SANTO TOMÁS DE AQUINO, *Suma Teológica*, II-II 24, 7, sed contra.

² SAN JUAN DE ÁVILA, *Audi Filia*, cap. 25.

Desconfiemos de nuestra voluntad indecisa, que inventará los más sutiles pretextos para interrumpir la obra. Pensemos, al comenzarla, que hay en nosotros dos personas: el señor y el siervo. El señor ha reflexionado y sabe que su siervo es capaz de hacer ese libro y ha resuelto que lo haga. Y el siervo lo comenzará con excesivo ardor y luego pretenderá demorarse y abandonarlo, con cien razones especiosas. El señor debe estar alerta y no permitir ni el indiscreto celo del principio, ni la hipócrita pereza que sobrevendrá después. La pluma debe correr con la misma velocidad al principio que al fin.

El antiguo precepto 'nulla dies sine linea', ningún día sin escribir algo, aunque sea una línea, es de una eficacia increíble, por insignificante que sea la tarea prefijada.³

Constancia, constancia. Los santos han sido grandes trabajadores. Como decía San Alberto Hurtado «Hay que hacer el bien y hay que hacerlo bien». Tampoco ser perfeccionista: lo mejor es enemigo de lo bueno. Hay que tener equilibrio en eso, no dejar de hacer las cosas por no tener "el talento". Hacer lo que nos toca.

¡Ave María y adelante!

³ HUGO WAST, *Vocación de Escritor*, Biblioteca Dictio, Buenos Aires, 1976⁷, p. 169.